

Aquí: cantil de Dios y costa mía
—mi costado— arde el mar, cruje, crepita,
como un grito de Dios bajo mi pecho.
Podeis tocarlo con los dedos: eso,
fuera de mí, hago yo:
pero por dentro.

No me escuchéis. Pero escuchad, al menos,
el viento largo y sin lugar, el viento.
Escuchad, atended ese gemido
de las sombras, el viento sin destino.
Oíd, oíd, mortales. ¡Cómo se
desgarra, no se pára, tiene sed
de lejanías! Sendas infinitas
seguí, busqué. Sed tengo. Esta es la mía,
dije, y tampoco era. Estaban lejos
de mí, como los muertos: yo sin mí: eso
se acabó. Yo soy yo:
pero por dentro.

No me gustais. Pero gustadle, al menos,
a quien os hizo, a Dios, para que luego
pueda —qué gusto— comprobar que os hizo
como quería yo, como Dios quiso.
Sed lo que sois, sed sólo vuestro ser,
sinceros, vuestros. Sedle siempre fiel-
es. Cavad, excavad en vuestro centro,
Dios no está muerto, no está muerto: eso
se puede ver, vi yo:
pero por dentro.

¿Pero no oléis, no oléis un algo, al menos,
de esta rosa del mundo que, de vuelo,
de paso por el aire y tan sin ruido,
huele a Dios? Yo sí huelo. Oh vuelo unguido.
Oh rosa conmovida. Está al caer.
Cuando caigas, mi amor, te cogeré.
Te pondré en un jarrón de loza fina,
lozana, linda rosa. Gira, gira,
que Dios da vueltas y yo lo estoy viendo.
Y tocando y oyendo a gusto: ¡ay!, eso
—POETA— creo yo:
Pero está dentro.

ESTOS sonetos son las que yo entrego,
plumas de luz al aire en desvarío;
cárceles de mi sueño; ardiente río
donde la angustia de ser hombre anego.

Lenguas de Dios, preguntas son de fuego
que nadie supo responder. Vacío
silencio. Yerto mar. Soneto mío,
que así acompañas mi palpar de ciego.

Manos de Dios hundidas en mi muerte.
Carne son donde el alma se hace llanto.
Verte un momento, oh Dios, después no verte.

Llambria y cantil de soledad. Quebranto
del ansia, ciega luz. Quiero tenerte,
y no sé dónde estás. Por eso canto.

3

CUERPO de la mujer, río de oro
donde, hundimos los brazos, recibimos
un relámpago azul, unos racimos
de luz rasgada en un frondor de oro.

Cuerpo de la mujer, arpa de oro
donde, amando las manos, no sabemos,
si los senos son olas, si son remos
los brazos, si son alas solas de oro...

Cuerpo de la mujer, fuente de llanto
donde, después de tanta luz, de tanto
tacto sutil, de Tántalo es la pena.

Suena la soledad de Dios. Sentimos
la soledad de dos. Y una cadena
que no suena, ancla en Dios almas y limos.

¿ES verdad que te gusta verte hundida
 en el mar de la música; dejarte
 llevar por esas alas; abismarte
 en esa luz tan honda y escondida?

Si es así, no ames más; dame tu vida,
 que ella es la esencia y el clamor del arte;
 herida estás de Dios de parte a parte,
 y yo quiero escuchar sólo esa herida.

Mares, alas, intensas luces libres,
 sonarán en mi alma cuando vibres,
 ciega de amor, tañida entre mis brazos.

Y yo sabré la música ardorosa
 de unas alas de Dios, de una luz rosa,
 de un mar total con olas como abrazos.

ESE primer o beso o no se sabe
 tan suave y secreto que te ha dado,
 ese primer pechito a cada lado,
 entusiasmado de poder ser ave.

Esa puerta plegada, y esa llave
 de un recinto recién inaugurado,
 ese pelo, ese velo, ese rosado
 lazo que vuela por tu pelo, ingrave.

Nada son, sólo sirven de promesa,
 de pretexto de ser lo que yo quiero:
 un cuerpo entero que se abraza y besa.

Un cuerpo, una mujer, un mar ligero
 que, sobre el pecho de las ansias, pesa
 como un mar infinito y verdadero.

Sonata para un desnudo nostálgico
(Improvisación)

Al pintor R. I., por
nuestro cuadro.

¿VIENES del mar o vas al cielo? Dilo.
Oh, ser yo el mar, contigo, ser el cielo
de esas colinas suaves, de ese pelo
o nubes desgarradas hilo a hilo.

En vilo el corazón, el gesto en vilo,
subido sobre el árbol de tu anhelo,
¿qué desconsuelo miran, qué consuelo
sin velo, ay, ven en qué celeste asilo?

Dilo, sí, dime si esa suelta ala
de tu cuerpo, ese brazo que resbala,
siente, sufre, sus límites estrechos.

Dime si el mar de Dios, las olas solas
del cielo, saben sostener las olas
solas y sin romper, de tus dos pechos.

PORQUE quiero tu cuerpo ciegamente.
Porque deseo tu belleza plena.
Porque busco ese horror, esa cadena
mortal, que arrastra inconsolablemente.

Inconsolablemente. Diente a diente,
voy bebiendo tu amor, tu noche llena.
Diente a diente, Señor, y vena a vena
vas sorbiendo mi muerte. Lentamente.

Porque quiero tu cuerpo y lo persigo
a través de la sangre y de la nada.
Porque busco tu noche toda entera.

Porque quiero morir, vivir contigo
esta horrible tristeza enamorada
que abrazarás, oh Dios, cuando me muera.

PERO eso no. Que luego ha de ser mío.
Alba de Dios, estremecidamente
subirá por mi sangre. Y un relente
de llama, me dará tu escalofrío.

Puente de dos columnas, y yo río.
Tú, río derrumbado y yo su puente
abrazando, cercando su corriente
de luz, de amor, de sangre en desvarío.

Ahora, brisa en la brisa. Seda suave.
Ahora, puerta plegada, frágil llave.
Muro de luz. Leve, sellado, ileso.

Luego, fronda de Dios y sima mía.
Ahora. Luego. Por tanto. Sí, por eso
deseada y sin sombra todavía.

9

CUERPO de Dios ardido en llama oscura
por los espacios solos se derrama,
y yo también, oh Dios, oscura llama
soy, en el árbol de tu sombra pura.

Arbol de Dios, oh sí, arboladura
hundida al fondo donde el hombre ama;
y, desde allí, mortal, eterna, clama,
reclama, sueña eternidad y altura.

Mira, Señor, si puedes comprendernos,
esta angustia de ser y de sabernos
a un tiempo sombra, soledad y fuego.

Mira, Señor, qué solos. Qué mortales.
Mira que, dentro, desde ahora, luego,
somos, no somos —soledad— iguales.

10

Mademoiselle Isabel

MADemoisELLE Isabel, rubia y francesa,
con un mirlo debajo de la piel,
no sé si aquél o ésa, oh mademoiselle
Isabel, canta en él o si él en ésa.

Princesa de mi infancia: tú, princesa
promesa, con dos senos de clavel;
yo, *le livre, le crayon, le... le...* oh Isabel,
Isabel..., tu jardín tiembla en la mesa.

De noche, te alisabas los cabellos,
yo me dormía, meditando en ellos
y en tu cuerpo de rosa: mariposa

rosa y blanca, velada con un velo.
Volada para siempre de mi rosa
—mademoiselle Isabel— y de mi cielo.

11

Tú que hieres

A V. A.

ARREBATADAMENTE te persigo.
Arrebatadamente, desgarrando
mi soledad mortal, te voy llamando
a golpes de silencio. Ven, te digo

como un muerto furioso. Ven. Conmigo
has de morir. Contigo estoy creando
mi eternidad. (De qué. De quién). De cuando
arrebatadamente esté contigo.

Y sigo, muerto, en pie. Pero te llamo
a golpes de agonía. Ven. No quieres.
Y sigo, muerto, en pie. Pero te amo

a besos de ansiedad y de agonía.
No quieres. Tú, que vives. Tú, que hieres
arrebatadamente el ansia mía.